
LA DESESPAÑOLIZACION



El brillante escritor Emilio Castelar, ha dejado correr de su pluma estas palabras:

“Renegais, americanos de esta nacion generosa que tantos timbres tiene en su historia, tantas prendas en su carácter, tantos fulgores en su civilizacion. Renegais de este país, el único que supo leer en la frente de Colon el enigma de vuestra existencia. Renegais de este país que ha fundado vuestros puertos, que ha erigido vuestros templos, que os ha dado su sangre, que ha difundido su alma en vuestra alma, que os ha enseñado á hablar la más hermosa, la más sonora de las lenguas, y que por civilizar al Nuevo Mundo se desangró, se enflaqueció como Roma para civilizar el Antiguo!”

¡Mueran los gachupines! fué el primer grito de mi patria; y en esta fórmula terrible se encuentra la desespañolizacion de México. ¡Hay algun mexicano que no haya proferido en su vida esas palabras sacramentales? Yo, uno de los más culpados, debo al Sr. Castelar, á quien admiro, una explicacion

razonada, sobre por qué, en union de mis conciudadanos, reniego de la nacion que, creyendo descubrir en la frente de Colon un camino seguro para robar á los portugueses las Indias orientales, tropezó con nosotros, y desde entónces se ha complacido en devorarnos.

Renegamos los mexicanos de la patria de vd., Sr. Castelar, del mismo modo y por las mismas razones que vd. reniega de ella. ¡Hénos aquí fieles á sus inspiraciones! ¿A qué época de la España quiere vd. que nosotros pertenezcamos? ¿Imitarémos á la España actual, donde vd., admirable escritor, es visto como un pária? No, vd. no canoniza el robo del guano ni los asesinatos de Santo Domingo, ni la esclavitud de Cuba; llamándose vd. demócrata, ha dicho sobre la España de hoy: ¡anatema! Imitarémos á la España que Cárlos II el Hechizado, una especie de Maximiliano por derecho hereditario, abandonó como un cadáver á los buitres de Austria y de la Francia? No; hasta los mismos españoles se avergüenzan de esos tiempos que para la religion y el despotismo aparecen como los más envidiables. Tampoco nos designará vd. como modelo, la España de los Reyes Católicos, de Cárlos V y de Felipe II, cuando Dios, en su indignacion, entregó al pueblo ibérico toda la tierra, para probarle solemnemente que era indigno de regirla. ¿Qué monumento pusieron esas gentes sobre el mundo cuando lo tuvieron en sus manos? la hoguera de la Inquisicion; y lo dejaron caer, fatigados de su peso. ¿Nos designará vd., por ventura, la Edad Média? El tipo más puro de aquella epoca nos lo conserva D. Quijote; el más puro, porque este caballero siquiera es un loco, y no un bandido.

Reniega vd., confiéselo, de esa nacion generosa, que tantos timbres tiene en su historia, tantos fulgores en su civilizacion. La España que vd. ama, no existe ni ha existido jamas; el talento de vd. la engendra en su alma democrática; la ve vd. en el porvenir, la dota vd. con las prendas de su propio carácter; la adorna con los timbres que descubre en las naciones más gloriosas, y se deslumbra vd. con los fulgores

de la civilizacion que le desea; pero entretanto, para sus paisanos, vd. no es más que el D. Quijote del progreso.

No hay que hacerse ilusiones; el último pueblo á quien desearian parecerse las demas naciones de la tierra, es el pueblo español, y el mismo Sr. Castelar trabaja por una metempsícosis, esperando que ese pueblo querido trasmigre al fin de las fieras á los hombres. Léjos de mí negar el relevante mérito de muchos ilustres españoles; ¡pero cómo han pasado por su patria! Ellos no han sido más grandes que el Dante, que Maquiavelo, que Galileo, que Miguel Ángel, que Campanella; y aquellos como estos, segun la frase del Sr. Castelar, no han pasado por su suelo desgraciado sino como los fuegos fatuos por un cementerio. Una sola gota de sangre española, cuando ha hervido en las venas de un americano, ha producido los Almontes y los Santa-Annas, ha engendrado los traidores; y no es extraño este fenómeno, porque para darnos su sangre no han venido á la América los Quintana ni los Castelares, sino los frailes que ustedes han asesinado, y los galeotes que ustedes cargan de cadenas.

Si el Sr. Castelar viniera á la América, veria lo que quieren decir para nosotros sus injustas reconvencciones; nos ofrece el lecho de rosas en que espiró Guautimotzin. Los que nos han dado su sangre, nos la quieren dar todavía: la sangre del adulterio, del estupro, de la violencia. Nos dejaron templos; y ha sido necesaria una revolucion para derribarlos, porque el ídolo que en ellos se adoraba, era el mismo que el Sr. Castelar fulmina en Roma; ídolo que ha extendido desde el Vaticano una mano para bendecir los robos de Jecker y las iniquidades de la Francia. Los españoles no han hecho en nuestros puertos sino una cosa buena: salir por ellos. Y, en cuanto á la más hermosa, á la más sonora de las lenguas, ¿no es verdad que el Sr. Castelar compite con nosotros cuando se trata de desfigurarla? ¿Habla el Sr. Castelar como las Partidas? ¿es castizo como Fr. Luis de Leon? ¿es purista como los Argensolas? Apenas si recuerda á Santa Teresa, y eso en el romanticismo místico de aquellas palabras: *ha difundido su alma en*

vuestra alma. Es un anacronismo recomendarnos un idioma en un siglo en que se aprenden tantos, y todos ellos tienden á confundirse: despójese el Sr. Castelar de algunos arreos españoles, y en vez de parecerse á Saavedra Fajardo, lo confundirémos con Víctor Hugo, con Pelletan, ó con cualquiera otro frances moderno. Si es una ingratitud desespañolizarnos, debemos españolizarnos de nuevo. ¡Qué felicidad para la América convertirse en Santo Domingo!

La protesta que hacemos contra la España, comprende á todas las naciones que se llaman civilizadoras, y que para bien de los pueblos los entregan á las calamidades de la guerra. Si Roma se enflaqueció, culpa fué de su codicia: modelo de naciones civilizadoras, por un ensayo de filibusterismo destruyó á Cartago, que se encontraba en camino para el Nuevo Mundo. Llevó en seguida sus agentes legionarios á la Grecia por civilizarla, y el Partenon y el Pireo, estremecidos todavía con las palabras de Platon y de Demóstenes, brillando con la espada de Milciades y animándose bajo el genio de Fidias y de Praxiteles, hoy, en este momento claman profanacion contra los que en Corinto fundieron las estatuas sagradas para entregarlas al comercio de la soldadesca como monedas de cobre. Vuelven de nuevo al África y borran la sabiduría de Egipto. Se aventuran por el Asia; ¿y qué enseñaron en ella, cuando la nacion más despreciable les ha revelado el cristianismo? Los bárbaros á su vez quisieron ser civilizadores; y esos de intento: vamos, decian los unos, á castigar la corrupcion del imperio romano; somos los azotes de Dios, decian los otros. Esos mismos bárbaros han fundado en Europa las ciudades, han abierto sus puertos, han erigido templos, han difundido su alma en el alma del orgulloso continente, y por civilizarlo estropearon de diversos modos el latin, y se desangraron y enflaquecieron como Roma. Esos bárbaros son los abuelos del Sr. Cartelar, y sin embargo, el Sr. Castelar reniega de la Edad Média.

¡Qué ruín seria la América á los ojos de nuestro ilustre antagonista si no aspirara sino á remedar á la España! Un as-

tro más noble descubre la inteligencia entre las tempestades que rodean al mundo; con sus rayos descubrimos el trono conservado para la libertad y el altar para la ciencia; no es el orgullo español ni la ambición francesa quienes hacen desaparecer los Pirineos y precipitan al mar las columnas de Hércules; es la fraternidad universal: lo que hay de más puro, de más noble, de más sublime, pertenece á todos los pueblos, todas las glorias se confunden en una. Homero y Confucio, Washington y Voltaire, Bolívar y Lutero, todo hombre que se apellida grande, lo mismo pertenece á la China que á la España, y en México son igualmente queridos los nombres de Castelar y de Hidalgo. La electricidad, el vapor, la imprenta, lo mismo hablan, se deslizan, vuelan cuando se lo pide un español que cuando se lo demanda un azteca; para entenderse no es necesario hablar castellano; los que vieron en Babel confundidas, extraviadas sus lenguas, han recobrado la voz y emprenden de nuevo la conclusión de la torre prodigiosa, el escalamiento del cielo.

Uno de estos temerarios es vd., como nosotros, Sr. Castelar, y lo que vd. desea no es más que desespañolizarse: la América va con sus costumbres, con sus instituciones, con sus luchas, con sus sacrificios, adonde vd. se dirige con sus discursos; cuando los Cacios de la monarquía y del clero nos enclavan un puñal alevoso, *¿tú quoque?*

Y, pues se trata de confundirnos en uno, tanto cuesta ir á España como venir de ella. Americanícese vd., Sr. Castelar. Los americanos comprendemos á vd. más que los españoles, más lo amamos, más lo admiramos; aquí hasta el bello sexo le consagra á vd. sus miradas y sus simpatías; aquí se lucha, en verdad, pero los traidores, los españolizados, ya no se confunden con los buenos; el triunfo en los Estados Unidos será para la humanidad; el triunfo en México para la independencia y el progreso: el triunfo en el Perú para la justicia: en nombre de la justicia, de la independencia, del progreso, de la humanidad, de la gloria, venga vd., amigo nuestro, donde no faltarán olivas y laureles para su frente; en España lo es-

pera á vd. el cura de su parroquia para negarle un sepulcro. En España no es Castelar, sino el bastardo de la opinion pública; aquí en México es, desde hace tiempo, uno de nuestros hermanos.

Ures, Mayo de 1865.

El célebre publicista español D. Emilio Castelar, ha consagrado á algunos de nuestros compatriotas, expresiones de estimacion al enviarles su retrato, que han recibido por el último paquete inglés. Nuestro colaborador el Sr. Lic. D. Ignacio Ramírez se cuenta entre los favorecidos, y el Sr. Castelar le consagra un recuerdo tan galante como honroso, en los términos siguientes: "A D. Ignacio Ramírez, recuerdo de una polémica en que la elocuencia y el talento estuvieron siempre de su parte, el vencido.—EMILIO CASTELAR."—[*El Semanario Ilustrado*, 1868.]
